

Suspendidos en un tiempo de reflexión

Álvaro Alconada Romero

Antropólogo cultural

Antropología para momentos críticos /6. Museo Nacional de Antropología

Desde hace unos meses parecemos sumidos en uno de esos experimentos que realizaban los psicólogos sociales americanos a mediados del siglo XX, esta vez sobre el aislamiento y la responsabilidad social. Parece difícil asimilar lo que está pasando a partir de la aparente estabilidad y seguridad que vivíamos en occidente, ya que de repente nos encontramos sumidos en una situación en que todo son conjeturas, que las respuestas seguras no existen, que quizá no exista una única causalidad y que la solución requiere análisis, apertura y tiempo. Quizá no estemos preparados para resignarnos a la situación de incertidumbre y agarrarnos humildemente a lo que, parcialmente y en este preciso momento, parece ser lo más apropiado. Algunos síntomas de ello podrían ser la búsqueda de culpables, la identificación ciega, el distanciamiento, la negación o la desconfianza global centrándonos en el oportunismo y los ejemplos negativos que conocemos o atribuimos.

Se habla de números, de explicaciones, de causas y de culpables, pero son datos que hay que tomar con distancia y cautela ante la falta de evidencias y de experiencia. De lo contrario tendemos a aplicar viejas fórmulas y pensamientos arraigados para intentar controlar y evitar una situación nueva. En este sentido, los antropólogos han reaccionado al ver cómo se desempolvan criterios decimonónicos como el de raza para elaborar explicaciones que discriminan y contradicen toda evidencia científica, pero siguen arraigadas (<https://aries.aibr.org/storage/pdfs/3150/pitarch.pdf>). Otros colectivos siguen criticando la inmigración o buscando culpables en “el diferente” sin darnos cuenta de que la razón de esas atribuciones es injusta y quizá hasta se haya invertido. Reconocemos nuestra inexperiencia en relación a epidemias, pero no dejamos de exportar nuestra visión al mundo, creando universales de lo que son medidas provisionales en las sociedades occidentales: con un sistema de protección social y sanitaria estatal, subsidios, abastecimiento garantizado, acceso a agua y medicamentos, alta densidad de población, comunicaciones, envejecimiento poblacional, institucionalización del cuidado... Quizá en este caso también podamos salir de nosotros mismos y de nuestro entorno para mirarnos en otros ejemplos, en otras medidas y también en otras características culturales que pueden ayudar a frenar la expansión del virus, ya sea de forma casual o intencional (distancia interpersonal, tabúes y control social, periodos de aislamiento y reinserción, terapias o formas de cuidado alternativas, apoyo social, implementadores de salud comunitaria/primaria, etc.) y reconocer que, si bien pueden no ser aplicables a nuestro entorno, podrían ser medidas válidas o desde las que abordar la epidemia en determinados contextos y al largo plazo que nos exige la situación (sobre la posible expansión en el continente africano: <http://blog.africavive.es/2020/04/oportunidades-del-covid-19-para-africa-y-viceversa-pistas-de-investigacion/>).

A pesar de algunos de estos casos en que se ha buscado aplicar respuestas preexistentes, la situación también nos ha llevado al cuestionamiento de nuestros valores y conductas, teniendo que incluir patrones que no sabemos el grado de volatilidad que tendrán pasada la situación de alarma.

En un momento inicial, veíamos reacciones individuales como la respuesta de acopio indiscriminado de determinados productos (que curiosamente responde a patrones semejantes en contextos urbanos de todo el globo en una escalada de necesidades), en las salidas a la carrera a las segundas residencias o en los intentos de esquivar la ley. Negar la situación o intentar calmarnos sintiendo el control sobre determinados recursos y conductas puede ser efectivo como respuesta puntual, pero no es una respuesta adaptativa a una situación que se dilata en el tiempo, que exige un compromiso social y una adaptación de nuestra conducta en las diferentes fases. En este sentido también habrá que evaluar otras consecuencias derivadas del estado de alarma y encierro, tales como repercusiones socio-económicas, la desprotección frente a la violencia doméstica y de género, o los problemas de salud mental que haya podido desencadenar la situación.



Pero adentrándonos en profundidad en los significados y asimilaciones que hacemos de la situación, podemos deducir que la percepción sobre “el otro” ha pasado, de identificar a un posible interlocutor, a evitar un posible vector de contagio y ver su conducta como un posible riesgo a controlar. Al mismo tiempo, todos somos héroes sin hacer más esfuerzo que aislarnos y sacrificar nuestras libertades por una buena causa colectiva y evitando el recalado riesgo individual, compartiendo el orgullo del “yo me quedo en casa”. En ello no prima la evaluación del alcance del contagio de cada situación, sino el cumplimiento de las normas generales sin pensar más allá. Es más, somos héroes por acatar y mentalizarnos de que nuestra necesidad básica de relación conlleva un castigo (el contagio o la sanción de la autoridad), algo muy entendible y adaptativo en este momento, pero sería muy negativo como aprendizaje duradero.

Hablando de héroes, en este periodo han pasado a estar idolatrados ciertos colectivos cuyo trabajo es precario o aquellos servicios que se veían como costes que se debían recortar en momentos de crisis. Se han revalorizado conductas de cuidado, de sociabilidad, la conciliación y, por otro lado, también se han incrementado las relaciones de vecindad y la solidaridad con ciertas situaciones críticas. Vivimos sumidos en el desafío de buscar el equilibrio entre humanismo y aislamiento, entre democracia y medidas de reclusión, en el que está en juego la capacidad de respuesta del sistema sanitario y poder afrontar la enfermedad con las garantías disponibles, pero también nuestras libertades y nuestros miedos.

En definitiva, estos meses parecemos abocados a reflexiones sobre nuestro día a día. Después de mucho tiempo, tenemos un tiempo indeterminado para estar con nosotros mismos, para charlar con la familia sin otros asuntos que apremien. En la mayoría de los casos, con lo básico cubierto, con todos los medios electrónicos a disposición, sintiendo cómo palían y entretienen nuestra hambre social con retos colectivos, aperitivos y reuniones por videoconferencia (en algunos casos, considerándose el trabajo a distancia como alternativa). Pero sin dejar de contar un tiempo que lleva a pensar en lo más humano, lo más básico, el encuentro al aire libre sin restricciones, aquello que nos es dado por naturaleza y que quedaba minusvalorado en lo cotidiano. El apego, volvemos a ese valor arraigado y hasta instintivo, que nos da seguridad y realización. Quizá este tiempo no haya sido suficiente para cambiar nuestros valores y actitudes dentro de una inercia que parece no ceder en cuanto hay un ápice de recuperación, sin embargo, vemos que en este cambio habría tantas pérdidas como ganancias. Veremos si, cuando nos quitemos de encima el compromiso y la amenaza, perdura la experiencia de la necesidad de un cambio profundo y calibrado. Las sociedades necesitan tiempo para asimilar los cambios, y espero que sepamos dirigir ese camino a partir de las conclusiones de todo lo que hemos visto transformarse en esta pandemia, que de momento nos golpea dejándonos suspendidos en el tiempo.